

Red Apostólica Ignaciana
De una misma espiritualidad a un proyecto apostólico conjunto

Alberto Simons, S.J.

Esquema:

Introducción

- a) *Espiritualidad.*
- b) *Proyecto Apostólico.*
- c) *”De una misma visión a una misma misión”.*

I Los Ejercicios Espirituales

- *El Principio y Fundamento.*
- b) *Las meditaciones ignacianas de discernimiento y elección.*
- c) *La Contemplación para Alcanzar Amor.*
- d) *El Examen de Conciencia o pausa diaria.*
- e) *Tres conclusiones.*

II Una misma realidad eclesial y social

- a) *Hombres y mujeres de Dios para los demás.*
 - *Doble interpelación del Señor.*
- c) *Necesidad de analizar la realidad.*

III Criterios comunes

- a) *Los criterios ignacianos y evangélicamente más eficaces.*
- b) *Criterios para encarnar el evangelio en nuestra realidad actual.*
 - 1. *compromiso con la justicia y los pobres y marginados,*
 - 2. *respeto y defensa de la dignidad de toda persona y de los derechos humanos,*
 - 3. *solidaridad con y de todos los hombres y los pueblos,*
 - 4. *inculturación del evangelio: “unidad en la pluralidad”,*
 - 5. *espíritu de diálogo y respeto a las diferencias,*

IV Retos Comunes

- a) *Búsqueda de sentido a la vida, sobre todo en los jóvenes.*
- b) *Hacer creíble en la actualidad nuestro mensaje.*
- c) *Inventar un nuevo estilo de vida y compromiso cristiano.*
- d) *Coherencia entre la vida cotidiana y la fe.*
- e) *“Comprarse el pleito” de los hombre y mujeres de nuestro país.*
- f) *Desclericalizar nuestra Iglesia.*
- g) *Una Iglesia como conciencia ética y moral de nuestra sociedad.*
- h) *Formación y promoción de la persona humana.*

V Conclusió: Unidad en la diversidad

Introducción

Para comenzar nos puede ayudar tener en cuenta tres presupuestos y lo que podemos entender cuando hablamos de espiritualidad y proyecto apostólico:

a) Tres presupuestos

Primero, que, como dice San Ignacio, “*Dios trabaja y labora por mí* (por nosotros) *en todas las cosas creadas sobre la haz de la tierra...*” (EE 236). En boca de Jesús: “*Mi Padre sigue trabajando y yo también trabajo*” (Jn. 5, 16 -17). Esto nos hace caer en la cuenta de que la acción de Dios no comienza con lo que nosotros realizamos. En nuestro trabajo en general y en particular en el apostólico lo que tenemos que hacer es tratar de sintonizar y, como diría San Ignacio, ser instrumentos de la acción de Dios que se puede realizar a través de nosotros. Dios actúa a través de nuestra propia acción. Lo anterior nos debe llevar a tener un profundo respeto por las formas en que Dios actúa ya en las vidas de los hombres y mujeres que se encuentran a nuestro alrededor, aún de los no creyentes, en las sociedades y culturas, para luego poder discernir con delicadeza cual debe ser el cause de nuestro trabajo apostólico.

Segundo, que como respuesta, nosotros debemos también “*trabajar juntos en la obra de Dios*” (I Cor.3, 9). Y lo hacemos porque **hemos sido llamados** por Jesús **para estar y trabajar con él**. Como indica San Ignacio en la Contemplación del Reino, Jesús nos dice: “*quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me seguirá en la gloria*”. En el pasaje de la pesca milagrosa, que debe ser programático para nosotros, Jesús dice a Pedro:

“Lleva la barca a la parte más honda y hecha las redes para pescar. Simón respondió: ‘Maestro hemos trabajado toda la noche sin pescar nada, pero, si tú lo mandas, echaré las redes.’ Así lo hicieron, y pescaron tantos peces que las redes estaban por romperse...Al ver esto, Simón Pedro se arrodillo ante Jesús, diciendo: ‘Señor, apártate de mí por que soy un pecador’...Pero Jesús dijo a Simón: ‘No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres.’” (Lc 5, 1 – 11)

El tercer presupuesto es que debemos comprender que estamos **llamados por el Señor**, como nos lo decía San Pablo, **a trabajar juntos** desde la misma espiritualidad. Si hay un tiempo en el que se necesita ser y sentirse Iglesia, comunidad, ese es el nuestro. Tenemos que sentir que nos pertenecemos los unos a los otros en la fe; que la fe no se puede vivir en solitario, que es siempre algo compartido, que se recibe y se transmite. En ese sentido todo lo que signifique fomentar el sentimiento de pertenencia común y comunitaria tendrá repercusiones muy importantes a nivel eclesial y social. Y esto se debe traducir en nuestro trabajo apostólico que de ninguna manera debe ser particularista ni protagónico sino en vistas de lograr la eficacia evangélica del mayor servicio, del “*magis*”.

Para comprender esto nos puede ayudar la lectura de dos textos de Pablo que nos hablan de la construcción del cuerpo de Cristo en Romanos 12, 3 – 8 y I Corintios también 12, 8 – 31. Veamos en síntesis sólo una parte de este último texto:

“Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de actividades, pero uno mismo es el Dios que activa todos en todos. Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu para provecho de todos...Dios dispuso el cuerpo de tal manera que los miembros menos estimados reciban más honor, para que no haya desunión en el cuerpo sino que cada miembro del cuerpo se preocupe por los otros. Si un miembro sufre, todos los demás sufren también con él; y si un miembro recibe atención especial, todos los demás comparten su alegría”.

- *Espiritualidad*

La espiritualidad no es consiste en practicas piadosas o fidelidad a esquemas que nos fijamos y reglamentamos, sino en ser **fieles al Espíritu**, no controlado, siempre nuevo y que invita al riesgo; que, como dice Jesús no sabemos de dónde viene ni a dónde va (cfr. Jn. 3, 8). Por ello toda la espiritualidad ignaciana consiste en ser fieles al Espíritu mediante el discernimiento continuo que nos hace estar siempre abiertos a lo que el Espíritu *del* Señor quiera hacer a través de nosotros.

Según la reciente Exhortación Apostólica “*La Iglesia en América*”, la espiritualidad “*es un estilo o forma de vivir según las exigencias cristianas, la cual es “la vida en Cristo” y “en el Espíritu”, que se acepta por la fe, se expresa por el amor y, en esperanza, es conducida a la vida dentro de la comunidad eclesial*”. Luego añade que por espiritualidad se entiende no “*una parte de la vida sino la vida toda guiada por el Espíritu Santo*”.(nº 29). Lo que tenemos en común todos nosotros es justamente la espiritualidad ignaciana que nos da nuestra forma particular de vivir o estilo de vida y que brota sobre todo de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

c) *Proyecto Apostólico*

Por proyecto apostólico podemos entender el mismo proyecto de Jesús, es decir el del Reino, pero **encarnado** en el aquí y ahora de nuestra realidad; que es aquello en lo que queremos trabajar juntos y empezar a diseñar ahora a partir de la espiritualidad que nos viene de San Ignacio. Ahora sólo daremos algunas pistas a partir de los Ejercicios Espirituales.

d) *“De una misma visión a una misma misión”.*

Esto es lo que el P. General señalaba el año pasado aquí en el Perú con el breve slogan “*de una misma visión a una misma misión*”. El P. Kolvenbach decía que:

*“La **visión** se caracteriza por una determinada concepción del hombre, del mundo, de la sociedad, de Dios... y que: Es la visión de Ignacio de Loyola, para quien el hombre - siempre en camino – busca el designio de Dios sobre su vida, descubre el sentido que Jesucristo da a la existencia humana, y opta por un proyecto de vida en que el amor y el servicio, a Dios y a los demás, se compenentran íntimamente. La **misión** – añade el P. Kolvenbach – no es otra que la del Reino, anunciado por Jesús: la construcción de un mundo en que hombres y mujeres vivan como hijos de un mismo Padre y hermanos entre sí; en que todo ser humano y todos los seres humanos se desarrollen integralmente; en que todos compartan los bienes que Dios ha puesto en nuestras manos, con justicia, con solidaridad, con libertad y con paz.”¹*

I Los Ejercicios Espirituales

Los EE son lo primero que nos puede ayudar a unir espiritualidad y misión, y más en concreto espiritualidad y proyecto apostólico. Justamente, los EE están hecho como dice San Ignacio a la letra *“para buscar y hallar la voluntad divina”*. La espiritualidad ignaciana en general, y en particular los EE, nos ofrecen los elementos necesarios para buscar y encontrar el sentido de nuestra vida y de la vida en su totalidad. El proyecto apostólico consistirá en la búsqueda del *“para qué”*, de la finalidad u objetivo concreto en lo que también nos podemos unir a partir de la espiritualidad ignaciana que es nuestro *“por qué”*, nuestro fundamento y motivación..

Tres son los arcos de bóveda sobre los que están contruidos los EE: El Principio y Fundamento, las meditaciones típicamente ignacianas de la segunda semana centradas en Cristo, y finalmente la Contemplación para alcanzar amor que nos señala la manera de **encontrar a Dios en todas la cosas**, es decir la forma de poder unir la fe con la vida que es donde apunta de alguna manera toda la espiritualidad ignaciana.

- *El Principio y Fundamento*

San Ignacio dice en el P y F que somos **“creados para”** con lo cual está diciendo de alguna manera que somos **creados creadores** de nuestro ser e historia, es decir, que en nuestro ser no está dado sólo lo que somos sino también lo que queremos, podemos y debemos ser, tanto en lo personal como en lo comunitario; nuestro propio proyecto personal, pero sabiéndonos parte de un proyecto mayor que es el de ayudar a construir el Reino de Dios en nuestro mundo. En segundo lugar San Ignacio nos hacer ver la **necesidad de liberarnos de todo** (la indiferencia) para sólo usar de las cosas (los medios que se nos ofrecen) **tanto cuanto** nos ayuden para el fin que pretendemos. Finalmente se trata de aplicar el *“solamente deseando y eligiendo lo que más conduce para el fin ”* que pretendemos. En nuestro caso se trata de aplicar esto que nos ofrece San Ignacio en el P y F a la obtención de un proyecto apostólico en común. En concreto se nos hace ver la necesidad de **elegir y ordenar**.

¹ Saludo al Congreso de Antiguos Alumnos y Alumnos del Colegio San José. Arequipa, 18 de julio de 1998.

- *Las meditaciones ignacianas de discernimiento y elección.*

Las meditaciones ignacianas colocan en **el centro de todo a Jesucristo y su proyecto del Reino**, con la necesidad de **encarnación** en una realidad concreta que nos indica San Ignacio en la contemplación de la encarnación. Y se nos dan **los grandes criterios de discernimiento y elección** en las meditaciones de **dos banderas, tres binarios, tres maneras de humildad y las reglas de discernimiento.**

Es importante caer en la cuenta de que San Ignacio tanto en el discernimiento como en las elecciones, no sólo toma en cuenta nuestra razón y voluntad sino nuestra conciencia afectiva a través de lo que el llama mociones del alma: consolaciones y desolaciones para poder descubrir cómo el Señor va obrando en nosotros, qué es lo que nos pide y por dónde nos va guiando. Diríamos que San Ignacio se dirige a lo que la Biblia llama “corazón”, es decir el aspecto central y más profundo del ser humano.

c) La Contemplación para Alcanzar Amor

La Contemplación para Alcanzar Amor nos hace percibir la posibilidad de **encontrar a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios**, para poder **en todo amar y servir**. Y esto de forma dinámica de tal manera que podamos considerar que Dios trabaja por nosotros en todas las cosas y la posibilidad de que nosotros podamos colaborar en ese trabajo.

La Contemplación para Alcanzar Amor, como sabemos, es el fondo de la experiencia final y resumen de los EE que sirve de guía y puente para la vida y el trabajo ordinarios. Por ello a nosotros nos puede servir de puente entre nuestra común espiritualidad y el proyecto apostólico también común que queremos diseñar.

También ella nos puede ayudar a caer en la cuenta de que no estamos convocados por el Señor sólo ni principalmente para un trabajo apostólico que podamos hacer juntos sino por la experiencia de un mismo amor; de la experiencia y convicción de que **todos** los hombres y mujeres de este mundo somos amados incondicional y apasionadamente por el Señor, porque esto es lo que substancialmente queremos comunicar a nuestros hermanos los hombres, aunque lo hagamos de diferentes maneras. **Toda la vida de Jesús partió de esa experiencia.**

d) El Examen de Conciencia o pausa diaria

El examen de conciencia ignaciano está muy ligado a la experiencia de la contemplación para alcanzar amor pues actualiza el ejercicio del discernimiento para poder buscar y encontrar a Dios y su voluntad en la vida diaria y, de forma más general, hacer vida los EE.

De aquí se desprenden tres consecuencias fundamentales para nosotros que cruzan todos los EE.

e) *Tres consecuencias:*

1) la necesidad y también la forma de **unir la fe y la vida**, que es donde apunta toda la espiritualidad ignaciana. A este respecto en la exhortación apostólica “Iglesia en América” se nos dice que :

“La conversión favorece por tanto, una vida nueva , en la que no haya separación entre la fe y las obras en la respuesta cotidiana a la universal llamada a la santidad. Superar la división entre fe y vida es indispensable para que se pueda hablar seriamente de conversión. En efecto, cuando existe esta división, el cristianismo es meramente nominal”. (n° 26)

2) **entender toda la vida** (y por tanto lo que somos y todas nuestras actividades) **como misión**; es lo que señala San Ignacio en El llamamiento del Rey: “ofrecerán todas sus personas al trabajo”.

- necesidad de **encarnar la fe en la realidad**.

Estas conclusiones nos hacen percibir una segunda gran cuestión que brota de la misma espiritualidad ignaciana y que nos une a todos: pertenecemos a una misma realidad eclesial y social, y estamos llamados a realizar nuestra misión apostólica en el mismos país.

II Una misma realidad eclesial y social

Esto nos sitúa ante un tema fundamental que viniendo de Jesús nos indica la necesidad de interpretar los signos de los tiempos (Mt. 16, 2- 3) y que, pasando por el discernimiento ignaciano y por el Concilio Vaticano II, nos lleva hasta Medellín, Puebla, Santo Domingo y la última Exhortación Apostólica del Papa sobre la Iglesia en América.

De aquí se desprenden tres cuestiones:

a) *Hombres y mujeres de Dios para los demás y con los demás*

Por los EE **queremos y debemos ser hombres y mujeres de Dios, para los demás y con los demás** (solidarios), **a la manera de Jesús y en Iglesia**. Esto es lo contrario a ser **autosuficientes**, a vivir encerrados en nosotros mismos. De alguna manera **somos hombres puente**, colocados entre Dios y los demás; hombres de diálogo y comunicación; no perfeccionistas ni individualistas, sino vulnerables y expuestos. Tenemos que ayudar a nuestra gente a descubrir la presencia de Dios en sus vidas y en su realidad, y esto a través de nuestra propio ser, nuestra aceptación y acogida sincera, nuestra fe, nuestra confianza y cariño. Se trata de ayudarles a descubrir esa **dimensión diferente**, que es la de Dios, que da sentido y significado a sus vidas. Esto es ser hombres y mujeres de la Contemplación para alcanzar amor, es decir capaces de buscar y encontrar a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios para en todo poder amar y servir.

- *Doble interpelación del Señor*

La misión apostólica nos viene a nosotros como la respuesta desde el Evangelio y la espiritualidad ignaciana a las necesidades del mundo y de los hombres en la actualidad. El Señor, pues, nos interpela de una manera doble: desde el Evangelio y desde nuestra realidad. Las necesidades del mundo y de los hombres actualizan el evangelio y nos ayudan a encarnarlo adecuada y oportunamente; a vivirlo dinámicamente y, al mismo tiempo el evangelio fecunda y cuestiona nuestra realidad. Así se da la inculturación del evangelio pero también sus aspectos necesariamente contraculturales y críticos de nuestra realidad. Estamos llamados a ser *“sal de tierra y luz del mundo”*.

c) Necesidad de analizar la realidad

De aquí, y muy de acuerdo con el espíritu ignaciano, se desprende la necesidad de un serio análisis social, cultural, religioso y político permanente de nuestra realidad que sirva de base para el discernimiento de nuestra actividad apostólica. En este sentido la *Exhortación Apostólica Iglesia en América* señala muy claramente que:

“convertirse al Evangelio para el Pueblo cristiano que vive en América significa revisar ‘todos los ambientes y dimensiones de su vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común’. De modo particular convendría ‘atender a la creciente conciencia social de la dignidad de la persona y, por ello, hay que fomentar en la comunidad la solicitud por la obligación en la acción política según el evangelio’. No obstante, será necesario tener presente que la actividad en el ámbito político forma parte de la vocación y acción de los fieles laicos”. (nº 27)

Los EE, como sabemos, nos ofrecen criterio básicos para situarnos en la realidad concreta que tenemos que enfrentar, pero más aún, la espiritualidad ignaciana, más globalmente, nos ofrece criterios muy útiles y orientadores para poder diseñar un proyecto apostólico en común. Esto es lo que puede constituir un tercer vínculo de unión que nos lleve de una misma espiritualidad a un proyecto apostólico en común. Veamos cuales pueden ser éstos.

III Criterios comunes

- *Los criterios ignacianos y evangélicamente más eficaces*

En primer lugar, creo que hay un criterio fundamental de San Ignacio, muy en consonancia con los EE que a la letra dice: *“para la consecución de lo que se pretende, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y sobrenatural fin suyo, **los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción, y el celo sincero de las ánimas por la gloria del que las crió y redimió, sin otro algún interés”***².

² Constituciones [813]

También San Ignacio utiliza los siguientes criterios apostólicos que resultan fundamentales: el de **“mayor necesidad”**, que apunta a los lugares y situaciones más críticos, el de **“mayor fruto”**, del bien **“mas universal”**³. En ese sentido, Jerónimo Nadal, ese compañero tan cercano a San Ignacio, señala el criterio de preocuparse **“de las personas por quienes nadie se preocupa o que son poco atendidas”**.

Un criterio que proviene de los ejercicios espirituales es el de **la recta intención**. San Ignacio quiere que comencemos todas las meditaciones con una oración preparatorio que nos oriente: *“pedir gracia a Dios nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza divina”* (46). O como él mismo lo expresa muy bellamente de otra manera: *“Todos se esfuercen de tener la intención recta, no solamente del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares; siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno...”*⁴

A partir de la encarnación del evangelio en nuestra realidad actual, que como sabemos era fundamental para San Ignacio, podemos deducir los siguientes criterios para el aquí y ahora de nuestra ser iglesia en el Perú:

b) Criterios para encarnar el evangelio en nuestra realidad actual

- En primer lugar, de nuestra fe en el evangelio, como nos lo hacer ver también las tres últimas conferencias episcopales latinoamericanas, se desprende el **compromiso con la justicia que lleva de forma particular al compromiso con los pobres y marginado de nuestra sociedad**.

- En segundo lugar, y más globalmente pero por el mismo motivo, se da la **necesidad del respeto y defensa de la dignidad de toda persona** y por tanto **de los derechos humanos**. Esto lo especifica y recalca muy bien el Papa en el n° 19 de la misma *Exhortación Apostólica Iglesia en América*.

- En tercer lugar, se hace necesario promover vitalmente la toma de conciencia y el compromiso por la **solidaridad con y de todos los hombres y los pueblos** que es el nuevo nombre que tiene la justicia en nuestra realidad globalizada frente al individualismo y espíritu de competitividad y violencia en que se vive hoy.

- En cuarto lugar, se hace necesario lograr la **inculturación del evangelio**, que se deduce claramente del misterio evangélico de la encarnación, en la diversidad de culturas que se dan en nuestro país, promoviendo la **unidad en la diversidad**.

³ cfr. Constituciones Parte VII

⁴ Constituciones [288]

- En quinto lugar, y también por lo anterior, debemos promover a todos los niveles en nuestra sociedad **el espíritu de diálogo con el respeto a las diferencias** dada la tendencia actual a la confrontación y el conflicto; a la intolerancia y la violencia, y por la necesidad más bien de cooperación y colaboración.

Ahora bien, entrando ya en concreto en nuestra realidad eclesial y social, indico sólo a título de ejemplo, algunas cuestiones y retos que nos atañen a todos y nos pueden ayudar a diseñar un proyecto apostólico como objetivos comunes. Me voy a referir más a los de tipo eclesial y voy a dejar a Marcial Rubio que nos señale los de orden social.

IV Retos Comunes

Constatamos en nuestra sociedad de hoy, sobre todo entre **los jóvenes**, actitudes de **búsqueda auténtica de algo valioso que pueda dar verdadero sentido a sus vidas**, *más allá* de lo que les ofrece el sistema actual, y su referencia es en gran medida la Iglesia dada su extensa presencia en nuestro pueblo y porque es todavía, la institución que cuenta con mayor credibilidad.

Se presenta pues un gran reto a la Iglesia y, por tanto a nosotros, respecto a **cómo hacer creíble y válido en la actualidad nuestro mensaje**, de tal manera que sea una respuesta real desde el Evangelio a aquello que está buscando nuestro pueblo y que constituye una llamada y exigencia de Dios a la Iglesia. Nos hace falta dar testimonio de una Iglesia cercana, en sintonía con el mundo, con la gente y sus problemas.

Por otra parte, a mi parecer hay, sobre todo, una gran tarea que consiste en **inventar un nuevo estilo de vida y compromiso propios del cristiano y de la Iglesia como tal, para nuestro mundo y la realidad del Perú de hoy**, porque en nuestra sociedad se da, en buena parte, hay que reconocerlo, un divorcio entre una fe supuesta (“sociedad occidental y cristiana”) y la vida real de esa sociedad que es, muchas veces, escandalosamente antievangélica e inhumana, dados los signos de corrupción, amoralidad, desmoralización, injusticia y finalmente de muerte que se dan en ella.

La tarea cristiana consiste en lograr la **coherencia entre la vida cotidiana y la fe**, para que la religión no aparezca como algo sobreañadido a la vida, sino dinamizando esa vida, la profesión, el estudio, el matrimonio, la familia, la cultura, la economía y la política entendida como búsqueda del bien común.

Detrás de este planteamiento está la teología del Concilio Vaticano II que con toda nitidez nos lleva a pensar que la Iglesia, cuya misión compartimos, no existe para ella misma sino para la humanidad, proclamando el amor de Dios y derramando luz sobre el don interior de este amor. Su fin es la realización del Reino de Dios en toda sociedad humana, no sólo en la vida futura, sino también en la presente. Esta misión *“es una realidad unitaria pero compleja y se desarrolla de diversas maneras”*: a través de las dimensiones que integran el

testimonio de la vida, la proclamación, la conversión, la inculturación, la génesis de iglesias locales, el diálogo, y la promoción de la justicia querida por Dios⁵.

Creo que cuando **nosotros como Iglesia, nos compremos el pleito de los hombres y mujeres de nuestro país en concreto, con sus problemas, necesidades, búsquedas y esperanzas**; cuando logremos que en medio de ello y del conjunto de sus vidas descubran la presencia actuante y amante del Señor y su sentido, entonces la Iglesia se reestructura con naturalidad, no para ser mejor o más poderosa ella, sino para la finalidad para la que ha sido creada, y todo lo demás podrá ser visto con el criterio del “tanto y cuanto” y del “magis” de San Ignacio.

Así, por ejemplo, **la Iglesia tendrá que desclericalizarse** pues se comprenderá que su labor recae por igual sobre laicos y religiosos, y que las actividades “sacras” no pueden servir para escapar de la realidad, esconderla o ser mero consuelo frente a ella, sino como signos y símbolos de la presencia de Dios en la realidad y la vida, lo cual es también la misma Iglesia.

En este sentido es fundamental **la promoción del laicado y de la mujer adultos en la fe y responsables en la Iglesia**. De allí la importancia de la formación de los laicos y su incorporación plena a la actividad de la Iglesia, de tal manera que la vida de los laicos y sus problemas sean considerados tareas eclesiales. Esto incluye de forma preponderante su preparación y formación en política, la defensa de los derechos humanos, la democracia, el estado de derecho, etc. A los laicos les corresponde un papel fundamental en la Iglesia porque son ellos los que encarnan la salvación en el mundo. Esto hará que sea posible que la Iglesia del próximo siglo sea, como plantea el Papa, la Iglesia de los laicos.

La Iglesia puede constituirse en nuestro país como factor substancial de integración y de solidaridad en la actualidad, dada la fracturación de nuestra sociedad, el individualismo y, por otra parte, la necesidad de ir encontrando una identidad común con respeto de la diversidad cultural. Es necesario crear una actitud y espíritu inclusivos en lugar de la tendencia exclusiva que se viene promoviendo a diferentes niveles. La Iglesia puede ayudar a visualizar y tomar conciencia que los problemas más serios y profundos de nuestro país nos unen a todos y posibilitan una acción y esfuerzos conjuntos. Para ello es necesario crear causas de participación e integración, pudiendo la misma Iglesia ser uno de ellos de forma especialmente significativa. Se trata de promover la unidad en la pluralidad y riqueza de nuestra diversidad cultural evitando que la globalización, que tiene aspectos muy positivos, destruya esa riqueza

La Iglesia, por otra parte, puede y debe cumplir el papel de conciencia ética y moral de nuestra sociedad y pueblo dado el grado no sólo de inmoralidad sino aún de amoralidad que se da sobre todo a nivel público. Esto es posible porque su propia naturaleza y tradición así lo permiten y porque actualmente es la institución que cuenta con más credibilidad en el país.

⁵ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 41.

Detrás de todo lo anterior esta la cuestión fundamental de la **formación y promoción de la persona humana** sin lo cual todo otro tipo de desarrollo queda sin sustento y es pasajero. De ello se desprende el interés que debe tomar la Iglesia por la educación y la salud.

Conclusión: Unidad en la Diversidad

Como podemos ver hay muchas cosas que nos unen y nos ayudan para realizar un proyecto apostólico común a partir de la espiritualidad ignaciana, pero también contamos con la riqueza de los diferentes carismas que en vez de separarnos nos complementan y fecundan en nuestro ser Iglesia. Por una parte los laicos llamados a realizar la tarea cristiana sobre todo, no únicamente, de construcción del Reino en la sociedad civil y por otra los religiosos más al interior de la Iglesia y para construir Iglesia. Los laicos como *enviados al mundo* (cfr. Jn. 17, 18) dan la dimensión terrena del Reino y los religiosos, dando testimonio de que “*no son del mundo*” (Jn. 17, 14), manifiestan la dimensión escatológica del Reino. También entre los mismos religiosos se dan diferentes carismas que llevan a diferentes tareas específicas. Esta diversidad nos puede enriquecer considerablemente a todos, puede ayudarnos a potenciar nuestros trabajos apostólicos y, sobre todo, a la instauración del Reino en nuestro país. Creo que debemos apreciar esto como un nuevo don y gracia de Dios para la construcción de una Iglesia renovada para el nuevo milenio y que debemos verlo como parte “del año de gracia” que significa el Jubileo.